
¿Es relativa la moral?

1. Introducción: lo que es relativo

¿Es relativa la moral? Gran parte de nuestros contemporáneos contestarían que sí, sin dudarlo y sin pensarlo. Y por «relativa» entenderían «opinable». Creen sinceramente que la moral está sujeta a los gustos de cada uno. Otros contestarían que no, que la moral es inmutable. Y con esto querrían decir que los preceptos de la moral son iguales para todos los seres humanos de todos los tiempos. Son posiciones poco compatibles, desde luego. Unos creen que la moral es subjetiva, que se fundamenta en los propios gustos o decisiones; otros creen que la moral es objetiva, que se fundamenta en la realidad de las cosas.

Los escolásticos medievales pensaban que, cuando hay opiniones contrapuestas sobre un tema, es preciso distinguir para dar a cada uno la razón que tiene. Porque la gente suele apoyarse en alguna razón y hay que concedérsela. Es lo que vamos a intentar.

Lo relativo del Everest

Relativo es, de entrada, una palabra tremenda. Porque es exactamente lo contrario que «absoluto». Y Absoluto, en la historia de la filosofía, es una palabra que se reserva para Dios o para lo divino o para el Todo. Lo demás, por comparación, es siempre relativo.

La idea del Absoluto implica entre otras cosas que, si pudiéramos llegar a conocerlo bien, sólo podría ser pensado de una manera. En esto se basa, en parte, el famoso argumento ontológico de San Anselmo. En cambio, todas las cosas que no son el Absoluto pueden ser pensadas de otra manera: podrían no existir o existir de otra forma.

Tolkien ha pensado un mundo fantástico con elfos, orcos y hobbits; y este mundo podría haber existido. Nada lo impide. Y podrían imaginarse otros, cada uno con sus reglas. En nuestra imaginación, cabe un número infinito de mundos. En la misma medida, podría haber infinitas morales.

Si estuviésemos hechos de una sustancia esponjosa, podría ser un gran gesto de aprecio con los ancianos vapulearlos con una estaca, si eso estimulara la circulación y rejuveneciera los tejidos. El mundo y la especie humana podrían ser así. Pero, de hecho, no son así. Vapulear a los ancianos con una estaca les produce mucho daño y, en consecuencia, es objetivamente una crueldad, además de una injusticia. Podría ser de otro modo, pero no es de otro modo.

Esto, que puede parecer tan estúpido, hay que subrayarlo porque está en la base de casi todos los malentendidos. Siempre podemos pensar la realidad y por tanto la moral de otro modo. En este sentido, la moral siempre es relativa.

También, en ese sentido, el Everest es relativo. Podría tener más metros de los que tiene (8848) o, quizá, tener menos. Dentro de unos mínimos de coherencia, ninguna razón impide que acabara en tres picos o en ocho, en aristas o en formas redondeadas. Nada impide que estuviera unos kilómetros más a la derecha o más a la izquierda. Es relativo. Siempre podría no haber sido o ser de otra manera.

Claro es que, si tuviéramos que viajar en avión, mediríamos bien las distancias. Porque, aunque podamos imaginarlo de otro modo, el Everest real está donde está y no se puede pasar por medio con un avión (esto tampoco es relativo).

Quien conozca bien la tercera vía de santo Tomás de Aquino y la moral kantiana, podrá añadir por su cuenta interesantes precisiones. Pero como no son necesarias para la sustancia del argumento y son difíciles, no las vamos a desarrollar aquí. De momento, basta con decir que la moral, como todo lo relativo, dentro de unos mínimos de coherencia, puede ser siempre pensada de otra manera. Con esto damos razón a los que creen que pueden imaginarse una moral distinta. Siempre pueden hacerlo. Pero sucede como con el Everest: es preferible descubrir el que existe.

2. El umbral de la experiencia moral

En un famoso pasaje de la *Ética a Nicómaco* (Libro II, 1104b), Aristóteles analiza los motivos de las acciones humanas. Pueden ser tres: obramos buscando el placer, o porque nos conviene, o porque es hermoso y decente obrar así. También obramos por sus contrarios: para evitar el dolor, lo que no nos interesa o lo que nos parece repugnante. Aunque hay algunas variantes en su interpretación, esta clasificación nos da una pista sobre la experiencia moral.

Desde luego, muchas de nuestras acciones tienen como motivo el placer. Obra-mos porque nos apetece y buscamos darnos gusto. En otros casos, perseguimos nuestro interés, un provecho o una ventaja para nosotros. Y también hacemos cosas porque nos parece bueno y decente hacerlas (deberes y obligaciones). Nos parece hermoso obrar de esta manera e indigno obrar de otra (ideales de conducta). En estas distinciones se juega lo que es la moral.

Hay un umbral muy claro. Mientras el motivo de nuestras acciones sea sólo el propio placer y la propia ventaja, no estamos dentro de la experiencia moral. Nos falta el aspecto más característico: descubrir lo que es decente y honesto, lo que reclama de nosotros una situación, independientemente de que nos apetezca o nos interese. Por eso, el utilitarismo es tan insuficiente como proyecto para una ética. Puede ayudar a razonar los mínimos de la convivencia política y, en algunos casos, las responsabilidades morales, pero el cálculo de las ventajas no sirve para educar moralmente y guiar a las personas: las encierra en su egoísmo. Desde este punto de vista, las morales que cada uno puede inventarse de acuerdo con sus apetencias e intereses no son en realidad, morales, porque no se basan en los resortes propiamente morales. Sólo pueden ser sucedáneos de moral.

La existencia de la moral se juega precisamente en experimentar y reconocer que existen más móviles que el cálculo egocéntrico (personal o colectivo) de los propios placeres e intereses. Cuando se admite que las situaciones y las personas reclaman algo de nosotros, más allá de nuestros placeres e intereses, es cuando entramos en el campo de la moral. Cuando se percibe que hay una manera de actuar bella y digna del hombre y otra repugnante e indigna.

En realidad, a la mayor parte de la humanidad le parece indigno poner los propios placeres e intereses por encima de todo. Este egoísmo suele ser considerado por las personas normales no intelectuales como la esencia de la inmoralidad. En cambio, sacrificar los propios placeres e intereses en beneficio de otros, la generosidad y el altruismo, son considerados como la quintaesencia de la nobleza.

Lo primero es repugnante para el sentido moral ordinario y lo segundo suscita admiración y aprobación. El bombero que se juega la vida por salvar al niño, el capitán que abandona el último el barco que se hunde, o los padres que sacrifican sus gustos por atender a sus hijos son considerados universalmente como conductas nobles, como ejemplos que hay que imitar, que hacen a la humanidad más digna y nos apartan de la ley de la selva. En estas cosas, hay un acuerdo prácticamente universal.

Naturalmente, cualquiera puede imaginar unas bases morales distintas; bien por el deseo de llevar la contraria al conjunto de la humanidad, que es una de las gran-

des pasiones intelectuales; o bien por justificar su egoísmo, que es una pasión muy común y no afecta sólo a los intelectuales. No se puede justificar teóricamente que el sacrificio sea noble y el egoísmo innoble. Siempre se puede negar intelectualmente. Siempre se puede despreciar, por distintos motivos, lo que el conjunto de la humanidad considera admirable.

Volvamos a nuestra pregunta inicial: ¿la moral es relativa? Ya hemos traspasado el umbral de la experiencia moral y nos hemos encontrado con un campo que tiene referencias bastante claras. Pero todavía serán más claras si nos adentramos más en este campo. Hace años traté a un excelente gestor y aprendí de él principios de gobierno tan sabios como éste: «si quieres no poder resolver un problema, generalízalo». Y es cierto, cuando se generalizan las cuestiones, se pierde el control sobre ellas. Si la pregunta es si la moral es relativa, lo peor es generalizar, y lo mejor es que miremos el campo de la moral y pensemos honradamente qué parte puede ser relativa.

La moral tiene tres partes fundamentales. La que se refiere a la relación con los demás, que compendia los deberes de justicia y solidaridad. La que se refiere a la relación con uno mismo, al tenor o estilo de vida. Y la que se refiere a la sexualidad, matrimonio y familia. En estos tres apartados, se puede meter casi todo. ¿Qué parte es relativa?

3. La parte más universal de la moral: justicia y solidaridad

Como somos seres sociales y vivimos en sociedad, la parte más amplia de la moral se refiere a los demás y se concreta en los deberes de justicia y solidaridad. Esto es prácticamente el 80 o 90 por ciento de la moral. Y es la parte más ampliamente compartida de la moral.

La justicia tiene algo de necesidad matemática porque se basa en la equidad. En dar igual a los que son iguales. Y pedir por igual a los que son iguales. Como los seres humanos somos iguales en lo fundamental (en ser humanos), todas las relaciones humanas se basan en cierta equidad, en una correspondencia. Y esto se capta espontáneamente. Un sencillo ejemplo, cuatro niños normales, en cualquier parte del mundo, ante una tarta, tenderán a repartírsela en trozos exactamente iguales. Y no necesitan ningún curso de moral. Solo falla el reparto si alguno está en condiciones de abusar de los demás y abusa.

La justicia tiene una primera parte que se refiere al respeto que merecen los demás; al respeto de su persona, de su fama y de sus bienes. Y se compendia en una norma que se considera la *regla de oro* de la moral, y que encontramos por todas